



Hablo del único, del uno, del que siempre está solo.
Borges: “El oro de los tigres” (Final del poema: Tú)

Yo, también. Yo hablo del pollito amarillo, del único,
del uno, del que siempre está solo.

El pollito amarillo

Visto así,
desde fuera,
qué bonito ese pollito,
qué gracioso,
tan acompañadito
y, sin embargo,
tan solito.

Mueve su cabecita
amarilla,
tan bonita,
y está inquieto,
o, mejor,
inquietito
en medio de tantos pollos
tan bonitos
y, también,
tan solitos.

Acaba de cumplir los cuatro días
y ya pía
de miedo, claro está;
y ya empieza
a sospechar por dónde van los tiros.

Y,
por eso,
mueve su cabecita preguntando
por qué se encuentra allí,
por qué se mueve,
por qué tiembla de frío,
por qué hay
tantísimos pollitos a su lado,
y por qué nadie encuentra la salida.

Sin embargo,
ya se sabe bonito,
ya se quiere,
ya tiene miedo de perder su amarillo,
ya llora cuando nadie le mira.

Visto así,
desde fuera,
es como una burbuja con patitas,
como una palabra con ojitos,
como un grano de polen.

Pero él
no sabe nada de eso,
y se acongoja,
y se encuentra perdido en la cajita,
y prefiere quedarse,
con los ojos cerrados, quietecito
hasta el amanecer,
o sea,
hasta que vuelva a abrir
los ojos y se encuentre
que sigue siendo un pollo,
simplemente;
simplemente un pollito amarillito.

El despertar

Un rumor amarillo zarandéó su sueño.

Pollito

no quiso abrir los ojos todavía,
y deseó que alguien
levantara sus párpados dormidos.
Pero nadie tocó su pluma helada,
ni acarició su pico.

Y comenzó a temblar,

pues,

efectivamente,

se estaba dando cuenta de que era
el mismísimo pollo de otros días:

ni más rey,

ni más pollo que antes,

ni más águila o cóndor,

ni más nada.

Se acurrucó y se dijo:

Y yo...¿qué puedo hacer?.

Y, entonces,

se decidió a enfrentarse

nuevamente a la vida

y a encontrarse

en el centro de un loco pollerío

que piaba y piaba

(¿sería posible?)

de alegría.

El huevo

¡La presencia de un huevo!
¡Qué misterio!

Pollito acarició ese inmenso buche
rozando con el pico su blancura.

Luego,
apretó su cabeza
(bueno, su cabecita)
contra el huevo
y comenzó a escuchar.

Se oyeron
lejanísimas voces que, en lenguaje piar,
o sea,
en el idioma pollo que entendía,
formaron como un túnel de tiempo.

Cerró los ojos y pensó que viajaba
por aquel largo corredor del huevo.

Y, así, medio feliz
de haber imaginado cualquier cosa,
se quedó dormidito.

Soñó que él era un sol y que venía
dentro de un transparente mar de gelatina.

¿Era esa su historia?
Nadie le contestó, pero, dormido,
sintió que renacía,
y, dormido,
comenzó a sonreír junto a ese huevo.

Luego, se despertó
y contempló arrobado
la ovalada blancura.

¡Qué estupendo sería,
qué divertido,
nacer, como en su sueño,
de aquel enorme huevo!.

Pero vió, consternado,
que los otros pollitos

piaban, como siempre, tontamente.
Por lo visto,
a nadie le importaban sus historias;
por lo visto,
nadie se conmovía con sus sueños.

Entonces,
volvió a apretar su cuerpo
(su flaco cuerpecito)
a la pared del huevo
y se hizo el dormido.

Y pasó el tiempo.

Y, así, despierto,
se sintió muy solo
o, mejor dicho,
muy solito.

El Pollito sintió
que en la mano de un niño lo posaban,
que alguien lo calentaba con su aliento
y que,
además,
muy cerquita de él,
alguien le sonreía.

“Ya me llevan” – pensó –
y ahuecó sus alitas:
“Yo soy amarillito
- dijo -
soy bonito,
pió sólo de día,
no tengo frío”.

Pero, un poco después,
volvieron a dejarlo donde estaba.
¡Por Dios, qué frío!
¡Qué sensación más rara!
¿Qué cosa helada
le atravesaba el pecho?

Y Pollito
pió como llorando,
pió como llamando
al niño aquél que,
sin decirle adios,
se le alejaba.

Doblando el cuello y el dolor,
sus ojitos de pollo
miraron tristemente a aquel muchacho,
le suplicaron algo dulcemente,
pero...

Al ratito,
pudo ver que las manos
del niño a quien quería
(Que sí, que lo quería,
que sin saber por qué ya lo quería)
acunaban de nuevo a otro pollito.

“¿Qué ha ocurrido?”

¿No soy yo tan pollito?
¿No soy amarillito?
¿No tengo entre mis ojos un piquito?
¡Llévame, por favor!”

El niño se alejaba,
se alejó
besando al otro pollo.
Y él se quedó temblando.

Se iban con aquel beso
todas sus ilusiones de ser grande,
de ser pollo mayor,
de ser un triunfador,
de ser un alguien.

“¿Por qué no me llevais?
- gritaba casi -
Yo soy amarillito como él,
soy tan bonito,
pió sólo de día,
no tengo frío”.

Y, al cabo de un ratito,
se echó desconsolado en la cajita.

Pollito,
entonces,
se sintió feo, muy feo,
se sintió desgraciado,
pió toda la noche
y tuvo frío,
mucho frío.

Mirándose a un espejo

No se murió de pena de milagro.

Pero, al día siguiente,
Pollito se miró en el espejo
y se encontró guapito,
(aunque sólo guapito,
porque no le gustaron
ni sus patitas finas
ni su pico).

Sobre el resto, además,
tuvo sus dudas:
¿Por qué no era redondo u ovalado?
¡Ah, misterio!
¿Por qué sus plumas eran amarillas?
¡Ah, misterio!

Y ya,
puesto a pensar,
se preguntó el por qué de sus patitas.
¡Ah, misterio!
¿Y por qué no volaba?
¡Ah, misterio, misterio y más misterio!.

En el espejo vió que no tenía
la grandeza del sol,
que era
igualito, igualito
a otros pollitos,
todos amarillitos,
tan bonitos,
pero sólo pollitos.

Se vió bonito, sí,
como una burbuja con patitas
- alguien se lo había dicho –
y, también,
como un trozo dorado
de la luna.
Pero ser
un trocito dorado de la luna
no servía para nada,
aunque ser un pollito, simplemente,
no servía, tampoco, para nada.

En fin,
que no estaba seguro de sí mismo.
Así que
concentró la atención en sus patitas
y concluyó afirmando
que esas sí que eran feas,
no como sus ojitos,
negros y redonditos,
llenos a todas horas de dulzura.

Luego,
de pronto,
¡zas,
el ramalazo,
el ramalazo aquel de la tristeza!:
¿Qué pintaba él allí,
rodeado de miles de pollitos?.
¿Por qué, si tenía alas, no volaba?
¿Por qué, si era guapito,
nadie se lo llevaba?

Giraba el pensamiento
sobre sus dos patitas
que, a través del espejo,
le parecían ajenas,
le parecían prestadas:
¿Por qué no tenían plumas?
¿Por qué sus dos patitas no eran suaves,
ni eran amarillitas,
ni bonitas
y, a decir verdad,
un poquito agresivas.

Imaginó que, pronto,
alguien reclamaría
aquellas dos patitas que, sin duda,
eran patas ajenas,
eran patas prestadas.
Y él las entregaría encantado,
¿qué digo?,
ilusionado,
porque, entonces,
saldría volando, ya sin sus patitas,
sólo con sus alitas,
y se iría
al cielo de los pájaros azules,
de los blancos y rojos,
de los verdes,
incluso de amarillos,

pero,
eso sí,
amarillos sin patas y sin picos.

Y, una vez más, el pobre,
no quiso darse cuenta de que al cielo
solo podían entrar los pollos muertos,
todos esos pollitos
a los que se les habían cortado
las patas
y los picos.

De reojo miraba a otro pollito
que a todas partes le seguía.

Lo había visto una noche
a la luz de la lámpara de rayos;
le pareció distinto,
le pareció, sin más,
que aquel pollito le quería.

¿Quién era aquel sujeto
que con tanto misterio le miraba?

¿Era Dios?,
se preguntó Pollito.
No,
no podía ser Dios porque tenía
forma de pollo y, además, estaba
encerrado en la caja como todos.

¿Quién era, pues?
¿Por qué miraba?

Se hizo el distraído,
giró su cabecita hacia otro lado,
pero pudo notar que aquel pollito
se había acercado a él.

¡No se dijeron nada,
sólo estuvieron
el uno junto al otro,
así,
como si nada!.

Se rozaron sus plumas,
muy poquito,
y se quedaron quietos,
sin mirarse,
se quedaron sintiendo
sin tocarse.

Y fué estupendo aquello,
pues pareció
un largo foganazo.

Los otros pollos,

todos,
se juntaron
dentro de la cajita,
en una esquina,
mientras la oscuridad los envolvía.

Pollito no se movió
ni un centímetro.
Y sintió
que el otro,
aquél,
el misterioso pollo,
el que tanto y tan raro le miraba,
continuaba allí, junto a sus alas.

Se habían quedado solos
en un rincón distinto,
lejos de todo el mundo,
en un desierto.

“¿Entonces
- pensó Pollito-
quizás éste sea Dios?”
No lo sabía..

Se acurrucó a su lado
y oyó que aquel pollito le decía,
en voz muy baja,
casi, casi, en silencio:
“Yo quiero ser tu amigo,
¿tú quieres ser el mío?”

Y, al cabo de un ratito,
“¡Bueno!”,
le contestó pollito renunciado
a conocer a Dios por el momento.

Y los dos se quedaron dormiditos
sin importarles nada,
nada,
ni la oscuridad,
ni el frío,
ni los demás pollitos,
nada,
nada.

The little brown chick

El little brown estaba siempre alegre
(o casi siempre)
ocupando una esquina,
y debía ser feliz, pues se reía;
se reía
y mostraba sus dientes blancos, blancos.

Caminaba,
eso sí,
de otra manera,
cargadito de espaldas,
despacito,
pisando de puntillas
el suelo de cartón de la cajita.

Los pollos amarillos,
los pollitos,
jugaban con el “brown” al baloncesto
y, algunas veces,
hasta tomaban juntos Coca Cola.

Por la noche,
el pollito marrón cantaba blues
que hablaban de un tal God,
y esas canciones
sonaban en la caja como el llanto
de mil pollitos juntos encerrados
en un inmenso huevo que hacía eco:
¡God! ¡God! ¡God!.

Ninguno de los pollos supo nunca
a quién nombraba el “brown”,
ni por qué estaba
aquel pollo marrón en la cajita,

Cuando un pollo amarillo aparecía
(quebrada alguna pluma,
el pico ensangrentado,
o la patita rota)
en medio de los pollos amarillos,
el pollito marrón sentía, en silencio,
que alguien le apretujaba la conciencia,
que alguien se revolcaba en su mirada.

Pero él
volvía a sonreír
y a cantar blues.

Una tarde,
el pollito marrón se quedó muerto
en la esquinita izquierda de la caja,
en la esquinita aquella en que dormía,
en la esquinita que, sin duda alguna,
estaba reservada para “browns”

Entonces, los pollitos,
los pollos amarillos, comenzaron
a cantar blues también;
imitaban
al pollito marrón;
lo hacían muy mal,
y se notaba
que ninguno creía en lo que decía:
¡God! ¡God! ¡God!,

Y cuando se llevaron
al pollito marrón,
¡quién sabe a dónde!,
los pollos amarillos
reconocieron todos,
todos,
todos,
que el pollito marrón fué buena gente.

Pero nada más;
lo olvidaron muy pronto
y, enseguida,
se dieron cuenta,
de que estaban cantando
sin entusiasmo alguno,
quizás,
por contentar a un muerto solamente
y que aquellas palabras,
God, God, God,
ya no les divertían y, por lo tanto,
consideraron conveniente
abandonar los cantos,
sobre todo,
porque ya no quedaba
un solo pollo “brown” para explicarles
qué quería decir God,
por qué se repetía,
y por qué,
finalmente,
aquellos God, God, God no se decían
en un lenguaje claro como el de ellos,

es decir,
en el simple lenguaje
de los pollitos amarillos.

Viendo cómo volaba un pájaro

Veía
cómo volaba un pájaro en el cielo;
lo veía pasar como si fuera un viento,
como si fuera un rayo
de sol.

Pollito, estremecido,
movía también sus alas,
movía sus ojitos,
pero, el pobre,
no conseguía
ni siquiera saltar
en la cajita.

Y sentía ganas de llorar,
de arrodillarse y de llorar.
Así, como os lo cuento... ¡de llorar!.

“¡Yo quiero otras alitas!”

El pájaro era blanco
y batía sus alas suavemente
abanicando nubes
y dibujando orgullo en las alturas.

“¡Yo quiero otras alitas!”

Le parecía que el pájaro era un trozo
de ese cielo que nunca tocaría,
el vaivén de una luz inexplicable,
su propio corazón en la esperanza.

Y Pollito,
imitándole,
continuaba moviendo sus alitas,
pero no se elevaba.
Y aquel grotesco intento le ponía
un nudo en la garganta:
¡Él era un simple pollo de gallina!.

Se preguntó el por qué
de aquella diferencia tan marcada,
de aquel estar pegado a la cajita;
no comprendía

por qué no se elevaba
si él era una borlita
con plumas y con todo,
incluso, con alitas.

Pero en la caja aquella nunca había
nadie a quien reclamar,
ningún departamento al que acudir
y en el que negociar otras alitas
o cualquier otra cosa
como la libertad o el viento.

Había oído decir
que esas cosas,
las alas,
la libertad
y el viento
se pedían a Dios.

¡Otra vez Dios!

“Pues, bueno, escucha, Dios:
“Yo quiero, Señor mío, volar,
¿es tan difícil?
Quiero ir a donde van
todos mis pensamientos;
hasta el vasto recinto que imagino
poblado de pájaros libres,
de vientos con pájaros adentro;
a un espacio de cajas como el mar,
infinitas,
en las que cabe todo, incluso el tiempo.

“Allí yo quiero dibujar mi estilo
y subir y bajar según mi antojo
y saludar al mar
sabiéndome señor de mis impulsos.

“Y contemplar la Tierra
como un árbol inmenso en el que pueda
posarme cuando quiera.

“Y, así
(mi corazón al aire,
mi cuerpo envuelto en brisa,
mis ojos preguntando,
mis patitas plegadas,
mis plumas como hilos)
tener ya la certeza

de que, en cualquier momento,
puedo volver aquí,
¡sí, aquí!,
volver,
y, entonces,
quizás,
tal vez
(eso nunca se sabe),
no desee jamás otras alitas”.

¿Tenemos alma?

Pollito amarillo
se puso a pensar.

Cerró sus ojitos
y oyó que latía
su corazoncito
creyéndose un cóndor,
un buitre leonado
o un águila real.

“Nosotros los pollitos,
bueno, los que sentimos
inquietos
el corazón y el pico
y, también, las patitas,
y nos tiemblan las plumas,
y nos salta una lágrima a los ojos
en cuanto nos quedamos
solitos un ratito...
¿Tenemos alma?

“¡Qué raro es esto
de no saber si el alma está
o no está
y,
sin embargo,
notarla,
como un polizón, dentro del pecho!

“¡Vamos a ver! ¡Pensemos!
¿No será el alma un arco iris
que nace de la lámpara infrarroja?,
No, eso no es nada,
aunque sea bonito, eso no es nada.

“¿Y un muro de cartón pintado?
Tampoco,
eso no es más que la pared del tiempo.

“¿Una enorme escultura de píares?
Piar, en nuestro caso, es lamentarse,
así que yo no sé
si el alma se compone de lamentos.

Si esto es así,
ahí tenemos, entonces, algo de alma.

“¿Es alma lo que asoma
a mis húmedos ojos cuando miro
más allá de la luz de esa bombilla
y se me enturbia un rato el horizonte?

“A veces yo me digo:
Si mis alas no pueden elevarme
¿no será el alma quien me lleva
volando a otros lugares
por encima del tiempo
y, por supuesto,
por encima, también de otros pollitos?.

“Me está mal el decirlo, pero creo
que el alma a mí me ayuda
a traspasar los muros
-esos muritos de cartón pintado-
y se adelanta a mí por los caminos.

“Es más,
aunque me quede quieto, me pasea
por jardines abiertos,
por raros vericuetos de silencio.

“Así que debo deducir, entonces,
que el alma es un temblor inexplicable
que salta algunas veces
de una triste mirada a otra mirada.

“Pero me cuesta, en cambio,
reconocer que es alma
esa fuerza que agacha
las débiles cabezas
de miles de pollitos pobrecitos
y los hace vivir cargando el mundo.

“Pues, por lo visto, el alma se las trae:
Cuando le da la gana
me hace reír
y,
luego,
me aprieta tanto el pecho
que me pongo a llorar como un idiota
porque me duelen mil doscientas cosas.

“Y eso que soy tan solo

un pollito amarillo, que si fuera
un águila real o una cigüeña
no me atrevo a pensar lo que me haría.

“Pero, aunque yo no sea
más que un pollo cualquiera,
un pollito nervioso,
un culo inquieto,
me pregunto de dónde sale un grito,
cuál es el manantial de un sentimiento,
y en qué lago se esconden
las lágrimas saladas.

“¿De la cueva del alma sale el grito?
¿Del manantial del alma, el sentimiento?
¿O en el lago del alma están las lágrimas?

“Y, ahora, ya ni te cuento:
¿Qué significa amar?
¿Es cierto que el amor sale del alma?
Pues, ¡qué barbaridad!
¡cómo es el alma!

“Y os digo lo siguiente:
Si el alma existe,
es de cristal,
seguro,
y otra campana de cristal la encierra.
Porque al alma
no se le ve el color,
no se la oye,
no tiene olor y nunca
nos da la cara,
nunca,
nunca.”

¿Cómo escapar de aquí?

“¿Cómo escapar de aquí?”,
se preguntó Pollito.
Temía reconocer que el mundo entero
fuera aquella cajita en que brincaban
los pollos, tontamente.

Y contempló, muy serio, el panorama:
Siempre las mismas caras,
siempre los mismos picos,
las miradas tan tristes cada día,
las alitas plegadas,
y el continuo chocar contra un murito.

Y se decía:
“Si Dios es Dios y mira esta cajita
¿cómo puede quedarse tan tranquilo?”.

Que sí,
que quería irse,
que sabía
que a nadie le gustaba
verle tan pensativo y misterioso.

Quería irse a otra parte
en donde lo envolvieran en abrazos,
en donde nunca
se quedara colgada su mirada,
en donde,
si alguien le mirara, lo acogiera,
en donde,
si alguien le tocara, lo quisiera,
en donde,
si él amara,
alguien, por un instante, respondiera.

Quería irse a algún sitio
en el que sus patitas no temblaran;
ni se mojaran nunca
sus plumas con el llanto;
en el que no existiera
ninguna incertidumbre cada día,
ni se clavara el miedo como un dardo
en medio de su pecho.

Y lloraba Pollito repitiendo:

“Quiero escapar de aquí,
pero,
no sé,
lo veo muy difícil,
porque,
como os he dicho,
tengo clavado el miedo
en medio de mi pecho”.

La Fiesta de San Pollito.

La Fiesta de San Pollito
acababa de empezar:
“San Pollito, San Pollito,
que en el cielo estás escrito,
etc, etc.”

Disimulaba Pollito
porque no quería bailar,
y, también,
porque decía
que,
de no haber mas remedio,
solamente bailarí
con la pluma más bonita
(él sabía muy bien con quién).

¡Bueno,
así eran las cosas!.

El no pretendía hacer daño,
pero no le salía
la simpatía
con aquellas plumitas tan feitas
que piaban todo el tiempo
y se reían.

¡Que pena que la fiesta fuera eso
y sólo eso!
Cogerse de las alitas
y saltar,
y sonreir un poquito,
y decir: “Mira qué bien.
¿Te he visto en alguna parte?
¿No me digas? Yo, también”.

Aquello no le gustaba,
pues Pollito pretendía
dedicarle sus sonrisas
a quien era su plumita,
la plumita más graciosa,
más hermosa,

la que tenía allá enfrente,
la que miraba y miraba,
y se colgaba en su espacio,
y entraba en su palpitar
tan ricamente.

Vió que lucían
guirnaldas en el cielo,
-quizás las chiribitas de sus ojos-
y se quedó pensando un buen ratito:
¡Qué cielo aquel tan raro
que podía tocarse con el pico!.

Y, de pronto,
notó que lo arrastraban
al compás de una música muy rara,
y se dejó llevar.

Bailó,
saltó,
se dio más de una vuelta,
y llegó a marearse
un poquitín.

En cierto modo, aquello era estupendo,
pero no resolvía sus problemas,
a no ser que el bullicio,
los ruidos y los brincos,
ya fueran el prelude
de alguna cosa grande que llegaba.

¡Esto es la Fiesta, amigo!,
le dijeron.
¡Ah, bueno, entonces... ¡
Y comenzó a reír.
Se oía
la voz de algún cantante
que decía:

Don Pollito tenía un pico
tan perfecto, tan perfecto,
que en el barrio le llamaban
el terror de los insectos.
Pero un día a Don Pollito
la tierra se lo tragó,
pues la tierra tenía un pico
como el del pollo o mayor.

Claro- pensó -,
por prepotente y presumido.

Y danzaba y danzaba,
y con tanto danzar
se le caían
todos los pensamientos,
incluso, los más tontos,
y,
para colmo,
ya no veía a plumita en ningún lado.

Total, que, poco a poco,
aquel batiburrillo
le dió un poco de miedo,
y salió a trompicones de la sala.

Se sentó en una acera;
desde lejos,
le llegaba la música y el ruido.

Entonces, San Pollito,
el santo, sí,
el santo verdadero,
se borró de los cielos,
bajó a verle
y le dió una palmada en el cogote:
¡Suerte, muchacho! – dijo- ¡ Mira al frente!.

En la otra acera,
qué cosa más curiosa,
estaba ella,
su pluma preferida,
la pluma más hermosa,
su plumita.

Se miraron los dos y, al mismo tiempo,
extendieron sus alas y avanzaron
hasta tocarse un poco. Entonces,
se volvieron los dos a San Pollito:
“Good by, my dear”,
le dijeron,
y
“Thank you very much”,
muy finamente.

Después de la indirecta,
San Pollito se fué de nuevo al cielo;
pensó que no era bueno
meterse a Celestina,
que sería mejor
dejar que los pollitos

se dieran sus piquitos,
se quisieran,
hicieran el amor
y, a su manera,
celebraran los dos aquella fiesta:
La Fiesta de San Pollito,
que en el cielo estaba escrito

Se puso colorado

El Pollito se puso colorado
y sintió que una ola
caliente le subía
hasta el mismo portal de su garganta.
¿Era él quien hablaba?
¿Era él quien se oía?

¡Se puso colorado!

“Acógeme,
duérmeme en tu plumaje,
y hazme sentir que estoy envuelto en todo
lo que a tu corazón se le derrama.

“Acógeme,
acaricia mis plumas, que estoy solo,
como borla de aire sin latido,
como la moribunda
pavesa de una llama.

“Si me recibe el cuenco de tus ojos,
vagaré día y noche
como una oca alegre en tu mirada.

“Dime
si es hora todavía
de cancelar el plan de la tristeza
que se instaló un mal día
en cuanto ví que soy solo un trocito
de tiempo y casi nada
de lo que importa aquí,
en esta cajita.

“No hables si no quieres,
simplemente,
acógeme en el seno de tus ojos
y llévame despacio
al dormitorio ansiado de tu pecho.

“Yo besaré tus venas, serán rojos
los temblores felices de mis labios,
y lameré tu tiempo y lo haré mío,
y haré que suene a viento tu silencio.

“¡Y que si pasan cosas,

- cualquier cosa que pase -
y pasan días,
y pasa el tiempo entero y no me piensas,
no me arrojes de ti,
te lo suplico.
¡No me arrojes de ti,
déjame dentro!”

El Pollito notó
cómo su corazón se estremecía.
Seguía colorado,
él no sabía
si aquello era el amor,
pero, al ratito,
estaba sonriendo allí solito.

¿Si yo tuviera un hijo...?

Pollito se preguntó:

“Si yo tuviera un hijo... ¿qué?,
¿qué pasaría?,
¿en dónde lo pondría?,
¿qué le haría?”.

Si alguien lo hubiera oído,
tan ufano,
tan convencido y tal,
tan así,
tan, tan como diciendo:
“¿Yo?... Pues, escuchen:

“Si yo tuviera un hijo ,
o sea,
un pollito,
me quedaría mirando su piquito
y, cuando se durmiera,
soplaría en su buche
mi vida entera
y, a cada rato,
tocaría su cuerpo
para saber que sigue respirando.

“Le construiría
una cama blandita con mis plumas,
le pondría
una manta caliente con mi aliento,
le contaría
un alargado cuento que dijera
un montón de mentiras
para que mi pollito no sufriera,
ni me mirara raro,
ni se inquietase
y, por supuesto,
para que no se me alejase
y para que,
con una sonrisa, se durmiera.

“Y, cuando despertase,
yo cantaré para él
como si fuera el cielo quien cantase;
y le daré mis ojos
para que sin recelo se mirara
en ellos y pensase
que la vida era igual que ese pollito
que el fondo de mí se reflejaba.

“Le llevaría hasta el pico el desayuno
y, luego,
cogiditos del ala,
eso sí,
daríamos la vuelta al mundo,
o sea,
daríamos la vuelta entera a la cajita.

“Y, cuando menos se lo esperase,
cuando en ese paseo se me entregara,
tal vez yo le diría
(sin que él me preguntase)
que él estaba allí
porque yo quise amarle
antes de haber nacido.

“Y, si me preguntara
qué es eso del amor, yo le diría
“Ay, no lo sé, mi hijito”,
y que él tendría
que esperar un ratito
para sentir un poco
de lo que yo sentía.

“Y, después,
lo colgaría a mi cuello,
como si fuese una medalla;
y toda la gente al verlo:
- ¿Qué es eso, pollo?
Y yo:
- Mi hijo ¿qué va a ser?... ¡Mi hijito!

Entonces,
se me hincharía el pecho
como un globo de orgullo;
y un día
reventaría yo como revienta el trueno,
y mi hijo
se quedaría solo,
y no tendría más remedio
qué buscarse
(él también)
un hijo para colgárselo del cuello
y reventar un día...”

Al callarse,
Pollito se quedó pensativo:
Me he pasado, se dijo,

pero, luego,
después de un buen ratito,
murmuró:
“De eso, nada.
Si yo tuviera un hijo,
todo eso
y algunas cosas más ocurrirían”

La muerte del prójimo

Vió que el pollito aquel no se movía.

¡Qué raro!

Era un pollito
igual de amarillito,
todo envuelto en sus plumas,
todo tan pinturero
y, sin embargo,
demasiado quietito
y calladito
y echadito..

Pollito,
entonces,
miró a su alrededor
y comprobó que a nadie
parecía preocuparle aquel misterio.
Pero él se acercó tímidamente
y tocó sus plumitas y su pico,
y le invito a ponerse en pié
porque, realmente,
era un poco ridícula
la postura de un pollo tan caído.

Algo pasaba
pues el pollito aquél no contestaba,
y eso
no era normal en un pollo educado.

Se asomó a sus ojitos
y vió un pozo profundo,
algo como una oscuridad interminable,
algo realmente inexplicable
en un pollo tan chico.

Se acordó de que alguien le había dicho
que la muerte era un túnel de silencio,
y se puso a pensar si aquel pollito
no estaría jugando
a los muertos, él solo, en la cajita.

Pero,
si nadie lo miraba,

si no era más que un juego todo aquello
¿por qué mostraba el pollo
esa mueca espantosa?.

Por lo que sí o por lo que no, Pollito
se fué alejando de él
y, al darse cuenta,
se encontró lejos, lejos,
muy lejos,
demasiado lejos
como para ponerse
a pensar algo más sobre la muerte.

¡Ah!,
y,
menos mal,
desde aquella distancia,
la inexplicable mueca del pollito
ya no se distinguía.

Se ha abierto un agujero en la cajita
y Pollito se muere
de ganas de mirar lo que hay afuera.
Sin embargo,
siente un miedo espantoso,
y un largo escalofrío
le recorre la piel cuando se acerca
a aquella ventanita.

Se para en seco,
contempla
la oscuridad que hay allá afuera,
- a él le han dicho
no sé qué del espacio,
no sé qué de la muerte –
y se pone a temblar.
Pero él quiere saber si hay otra vida
más allá de su vida;
y, por eso,
se pone a respirar allí, asomado
a ese mordisco
que alguien le ha dado al mundo.
Y respira
como respira un pájaro,
o, al menos,
como él se imagina
que respiran los pájaros.

Desde allí ve jugar a otros pollitos
en un circo ideal,
en un estadio,
y los oye gritar, y su alegría
le contagia los huesos,
y envía sus saludos a esos pollos,
y les pide, en voz baja,
que le lleven con ellos
a ese mundo tan raro y divertido.

Los ve volar ...¡Volar!
¿Ustedes se imaginan?
¡Volar!
¡Qué maravilla!
Esos pollos son rayos luminosos,
algo que él nunca ha visto,

y sus sonidos
no son paires,
no,
son canciones,
o algo que dice el viento algunas veces.

Y siente calorcito,
y se marea,
y suda un poquitín,
y se emociona,
y es feliz un instante,
y se estremece.

Alguien le da en el hombro,
alguien que pasa:
¡Eh, buen amigo!
¡Ahora me toca a mí!

Y, entonces, el pollito
se retira de allí, el agujerito
vuelve a ser,
a lo lejos,
como un cielo imposible
al que se asomará cuando le dejen.

De momento,
cierra sus dos ojitos y se encienden
todas las lucecitas que veía,
y suenan las canciones
de aquel circo ideal,
de aquel estadio alegre,
y, apretando los puños se imagina,
que todo eso es la vida,
el pobrecito.

No sé cómo me llamo.

Ay, qué cosa curiosa, no sabía
ni cómo se llamaba.

Pollito se dió cuenta
de que no tenía nombre
y, por lo tanto,
nadie podría llamarle,
ni afirmarle,
ni mucho menos,
pues,
reconocerle.

“¿Quién puede susurrarme,
quién amarme,
si no puede nombrarme?”

“Ya sé que soy
solamente un pollito
que desea nombrar y ser nombrado,
un pollo pretencioso, no lo niego,
pero un pollo que quiere acurrucarse
en los pliegues del mundo y que le digan:
“¡Pollito Axer, mi vida!”,
por ejemplo;
y que alguien se acuerde de sus cosas:
“Axer se ha levantado muy temprano”,
o algo por el estilo,
algo que le demuestre que está vivo,
algo que ocupe un tiempo y un espacio.”

Pollito se estremeció considerando
que,
tal vez,
no pudiera llamarse nunca nada.

“¡Pero así son las cosas ¡
¡Qué remedio!
Yo soy sólo un pollito,
y esa es la palabra
con la que ocupo un sitio en la cajita.
Tal vez un día,
me cuelguen un letrero:

“Este pollito,
ahora tan quietecito, se llamaba,

(no sé)

Dionisio (por ejemplo).

“Y significará que me habré muerto
y que algo había que poner
sobre mi tumba”.

El pollito ciego

Él le hizo una mueca a aquel pollito,
y el otro, nada;
levantó
una de sus alitas y tampoco.
Parecía una estatua aquel pollito
y, sin embargo,
le miraba,
aunque de una manera rara,
rara,
y,
desde luego,
sin ningún entusiasmo,
como quien mira el mar y no ve nada.
Algo así.

Pollito
se acercó muy despacio
y,
ya a su lado,
le sonrió:
Pues nada,
aquel pollo no estaba para muecas;
se movía
para el lado contrario tontamente,
como si olfateara o saludara.

¡Hola! - le dijo - y vió
que el misterioso pollo le buscaba
sin llegar a encontrarle,
¿sería bobo?,
porque miraba
muy cerquita de él,
pero a otro lado,
despistadillo el pobre.

Movía la cabeza así:
de arriba abajo,
de abajo arriba,
en fin,
como diciendo:
“sí, te he oído,
puedes continuar,
estoy al tanto”.

Pollito permaneció en silencio
después de aquella insólita respuesta.
Y el otro se movía y se movía,
y a Pollito
le entraron ganas de abrazarle un poco
para que se estuviera quietecito,
pues parecía
que le había invadido el desconcierto.

Pero no se atrevió,
esperó un poquito.

Al rato,
el pollito le dijo “¡buenas, buenas!”
mirando,
como siempre,
a otro ladito.

“¡Anda, ya sé,
este pollito es ciego...
¡Madre mía!”

Y no supo qué hacer, se preguntaba
cómo se mira a un pollo que no ve.

“¡Voy a tocarle!”

Y le tocó
y el otro
dió un brinco, emocionado.

Entonces,
Pollito se dió cuenta
de que el pollito ciego quería verle,
pues le miraba,
pero,
claro,
de una manera extraña
y,
en cierto modo,
inútil,
porque el pollito aquel no le veía.

A lo mejor,
por eso,
movía su cuellecito
hacia arriba,
hacia abajo,
como diciendo “sí” a todas las cosas.

Y a Pollito vidente
se le asomó a la boca
el corazón... “¡Dios mío,
qué terrible
desear verlo todo y no ver nada!
¿Cómo hace para recordar?
¿Construye o reconstruye?
¿Qué guarda en lamemoria?
¿Cómo guarda?
¿Envía a la cama al sol
cuando le da la gana?,
es decir,
¿se fabrica su propio anocheecer
o está ya anochecido todo el tiempo?
¿Cuándo amanece?”

“¿Se rodea de criaturas luminosas
o ilumina su cueva
cuando le da la gana y no está triste?

“Bueno,
pues sí,
eso debe de ser:
La vida del cieguito
quizás sea un teatrito
en el que se levanta
y se baja el telón a cada rato.”

A punto de llorar,
Pollito se alejó, muy despacito,
con un miedo tremendo
a que el cieguito aquel se diera cuenta
de que él ya se iba de su lado.

Porque, claro,
el pollito invidente sonreía
dirigiendo hacia él su cabecita,
y estaba, sin ninguna duda,
dedicándole a él su gran discurso.

Nunca supo
si aquel pollito ciego pretendía
que volviera a tocarle,
aunque fuera un poquito,
es decir,
a acariciarle,
pues,

(¿cómo no se dió cuenta?)
tambien los pollos ciegos
tienen sus corazoncitos.

¿Hay que seguir viviendo?

Pollito se preguntó
si había que vivir eternamente.
No lo sabía;
nadie le había explicado
lo que significaba el tiempo,
lo que eran las horas,
lo que eran los días,
ni por qué se partía así la vida.

Pero, pensaba
que estarse así de quieto,
quietito o quietecito todo el día,
no podía ser la vida verdadera
porque, a ese paso,
se le haría
un pozo profundísimo en los ojos
como el que antes de ayer le vió a un pollito,
el de la mueca triste ¿recuerdan?,
aquel que tampoco se movía,
el que estaba caído
y no respondía nada,
nada.

Pollito se dio cuenta
de que aquello era un lío
y se enredó en preguntas:
“¿Hay que seguir viviendo
para doblar el cuello
y comprobar lo lejos que está el cielo,
y aceptar la certeza
de que uno es un punto,
solamente un puntito,
una caquita,
una esquirla del mundo,
una viruta
y no un águila
o un cóndor,
un halcón peregrino
o una golondrina?

“¿Hay que seguir viviendo
para ver que los pollos
pían sin decir nada,
comen poco,
se picotean los unos a los otros,
se odian por un grano,

se aterran
al paso de una mano,
y se duermen metiendo la cabeza
debajo de sus alas?

Pollito dijo: “ No,
para seguir viviendo necesito
que estalle la cajita,
que se abran de alas los pollitos,
que se vengan conmigo hasta las nubes
y,
en medio de la luna,
se traten de tú a tú con las estrellas.

“¿No será mejor eso,
que,
tristemente,
reconocerse a ratos y saberse
un solitario,
un donnadie con plumas,
un cirigallo
que se cree bonito
porque es amarillito y porque tiene
unas patas y un pico?.

“¿Para eso hay que seguir viviendo?
Yo creo que no;
vivir es otra cosa,
es algo
que quisiera alcanzar, pero no puedo;
es algo
que le convierte a uno
en parte de su mundo
y que, digamos,
es algo más que este montón de plumas.

“Y, sin embargo,
siendo así de sencillo,
estando tan a mano, me parece
que es un lío tremendo para un pollo.”

Y, después de una pausa,
Pollito enmudeció;
metió su cabecita entre las alas,
suspiró un buen ratito
y, luego, murmuró:

“Pasar a un nuevo estado no es tan fácil;
no me queda

otro remedio que aceptar mi vida,
entre otras razones,
porque nadie me ha dicho
en dónde está la llave de la muerte”.

“.....suelo recordar a un profesor que tuve en segundo de carrera. Un día, para explicarnos qué es la muerte y cómo ha evolucionado la idea de la muerte a través de las civilizaciones y cómo los filósofos se habían acercado a ella, se llevó a clase a un pollito. Puso el pollito sobre la mesa, sacó un martillo del maletín, lo levantó ante el asombro de todos los alumnos, y descargó un golpe tremendo que aplastó al pollito. “Esto es la muerte”, dijo. “Vamos a pensar ahora qué será del pollito a partir de este momento en que ya no está.”

Juan Bonilla “La compañía de los solitarios”.

CONTENIDO

- 1.- El pollito amarillo
- 2.- El huevo
- 3.- El despertar
- 4.- El otro
- 5.- Mirándose a un espejo
- 6.- Pollito amigo
- 7.- The little brown chick
- 8.- Viendo cómo volaba un pájaro
- 9.- ¿Tenemos alma?
- 10.- ¿Cómo escapar de aquí?
- 11.- La fiesta de San Pollito
- 12.- Se puso colorado.
- 13.- Si yo tuviera un hijo...¿qué?
- 14.- La muerte del prójimo
- 15.- El agujerito
- 16.- No sé cómo me llamo
- 17.- El pollito ciego
- 18.- ¿Hay que seguir viviendo?
- 19.- Cita